

CUENTOS ENLAZADOS

Juan José del pino

2025

Índice

Parte I

Iniciación	3
Inocentes	7
Perros de la calle	11
Cartonero	13
Una promesa incumplida	15
Buscando un salvavidas	17
Constelación familiar	21
Entrelazamiento cuántico	27
La mascota	30

Parte II

El gato y la glicina	36
Una oscura mancha	38
Un viaje al centro	40
Transmutación	43

Parte III

Un rumor que se apaga	46
Algo anda mal en el canal oeste	50
Cae el telón	57
Re - creación	59

Parte IV

La difícil sobrevivencia de la especie	60
Desobediencia	63
Intimidad	67
Xi Fei, pedagoga rebelde	71

PARTE I (Vida cotidiana)

INICIACIÓN

Acá no es bueno ir a contramano de lo que anda... poca escuela, fútbol, faso, y de tanto en tanto laburos con o sin caño y... tiempo, mucho tiempo. Es peligroso ser distinto o débil y no hay muchas otras formas que ir de punta para tener algo de lo que hace falta. La vida es dura... afuera barro, chapa, cartón y alambre, adentro frío, goteras, humo y hambre. Yo estaba en la edad en que la locura abunda ahí nomás, saltando el cordón de algunos códigos aprendidos para no pasar apuros. La edad de correr riesgos, bardear, hacer maldades y dejar de ser gil para pasar a ser alguien en ese cambalache de mundo en que me había tocado vivir.

Hacía tiempo que pensaba en como pegar el salto buscando distintas formas, haciendo planes, ensayando. Estaba cansado de ser solo un perejil que recibe lo que sobra y más cansado de hacer changas por derecha que no te dan ni para un pancho.

Tenía señaladas dos o tres casas que parecían accesibles para hacer algún trabajo, en un barrio cerca de donde yo paraba, lejos de la yuta. Barrio de gente grande, zona de casas viejas con paredes de ladrillo y revoque, techo de chapas, pintura gastada, con algún terreno al fondo, fácil para entrar y con salidas varias, calles abiertas y ligadas a caminos directos para rajar rápido. Algo de plata encontraría y si no, lo que consiguiera para vender o quedármelo.

Habría de ser una noche con alguno que me secundara, al fin de cuentas cuanto menos riesgo mejor. No me debían ver, la sombra sería lo más adecuado, y para rajar seguro y rápido alguien debía hacerme el aguante. La visera me taparía la facha de los que me cruzaran de ocasión o los que pudiera encontrar adentro, hasta que los redujera. Nadie debía reconocerme cuando todo pasara.

Entonces llegó la noche de mi primer trabajo solo, salí dispuesto a todo, con un revólver que había alquilado, una linterna y un fierro que usaría de palanca si tenía que forzar alguna puerta o ventana. Lo pasé a buscar al Miki que vivía a unos metros de casa y ya lo tenía hablado. Él tenía una motito bien cuidada para el rescate, la misma que usaba para hacer algunos mandados pagos, legales y de los

otros. Miki daba para eso, no aspiraba a más, nadie se lo pedía, ni él podía. Algo le faltaba, no tenía todas las cartas en el mazo. El viejo se había ido cuando era chico y con la madre comía salteado. Creo que ni se daba cuenta de muchas de las cosas que hacía, pero para campana y transporte servía, al menos eso creía yo.

Me habían batido que los viejos salían y volvían tarde los sábados cada tanto, parece que visitaban a algún pariente o algo así y a esa fuimos. Miki quedó a la espera como habíamos convenido, yo salté el cerco bajo que había al frente y me mandé al fondo por el pasillo del costado para buscar algún lugar por donde entrar tranquilo. Llegué a un patio donde una puerta y una ventana eran las dos posibilidades que ofrecía la casa. La ventana parecía más fácil y con algo de esfuerzo la abrí con el fierro, lo dejé a un lado y me tiré adentro, alumbré con la linterna que llevaba en mi mano izquierda mientras que con la derecha sostenía el “caño” que había alquilado. Me quedé quieto en silencio, no vi ni escuché nada raro y seguí.

Por lo que pude ver estaba en la cocina, con la linterna recorrí y alumbré una mesa chica, cuatro sillas, heladera, un televisor viejo, un armario colgante del que abrí las puertas y vacié varios frascos. Siempre puede haber algo escondido que no sea lo que dice en la etiqueta: fideos, yerba, azúcar...nada, había de eso nomás.

De la cocina pasé a un pasillo, alumbrado por la luz que temblaba de la linterna y entré en una habitación. No había nadie y respiré aliviado, podía laburar tranquilo, seguro que algo encontraría.

Un ropero, una cómoda con espejo, la cama, dos mesas de luz con sus veladores y la ventana a la calle con la persiana entreabierta, así que bajé la linterna lo más que pude.

Abrí el ropero y entré a tirar todo al piso buscando algún sobre, alguna caja con joyas o guita...pero nada. Corrí las sábanas y levanté el colchón esperando encontrar algún paquete y tampoco había nada. Abrí el cajón de la mesa de luz y en eso, se me apagó la linterna y no hubo caso de que volviera a encender. Se había quedado sin pilas, pero yo necesitaba alumbrarme. Pensé que si prendía alguna luz de la casa se vería de afuera y entonces agarré una pilcha y la puse

encima de la pantalla del velador para que no alumbrara de más y usarlo de linterna hasta donde diera el cable.

Manotíe unos pesos y un reloj que había en el cajón y me los puse en el bolsillo del pantalón. Dejé el velador en la mesita y pasé por arriba de la cama hasta el otro lado y cuando llegué y giré para abrir el cajón de la mesa de luz me vi reflejado en el espejo de la cómoda sin reconocirme y casi tiro un cuetazo antes de darme cuenta. Tratando de serenarme, prendí el velador de ese lado y que había tapado igual que al otro. En el cajón había algunas cremas, unos mangos y algunas joyas con piedras que también embolsé.

Ya me iba para otro ambiente cuando, vaya a saber por qué, explotó la lámpara del primer velador que había tapado haciendo un fogonazo importante.

Del susto me di vuelta de golpe y enganché el cable del otro velador que cayó y explotó también. Ahí ya no aguanté más, me volví para la cocina y cuando ya había saltado la ventana y estaba yendo para la calle alcanzo a ver al Miki que arrancaba la motito y salía disparando, lo putié en silencio.

En ese momento pensé que se habría asustado al ver desde afuera los fogonazos y se decidió a rajar dejándome en banda y lo putié en silencio.

Cuando llegué al cerco del frente vi el parpadeo inconfundible de una “lanchita” de la gorra que doblaba la esquina y me tiré al suelo para esconderme y rezar que no me vieran.

Acurrucado contra el cerco no sabía si quedarme, arrastrarme, o salir corriendo, si empuñar el fierro o tirarlo lejos. La cosa es que empecé a temblar sin poder contenerme mientras los reflejos del patrullero alumbraban cada vez más arriba mío hasta que por fin se fueron alejando y me pude levantar, aunque las patas me temblaban.

Salté el cerco y primero caminé como si nada, después empecé a correr como si me siguiera el mismísimo diablo hasta que me tranquilicé un poco.

Ya en casa saqué de los bolsillos lo que pude manotear en el apuro, puteando entre dientes. Suerte que no me crucé a nadie porque cuando llegué a casa supe que me había cagado del susto. Me serví un vino y el reflejo de una luz

sobre la copa en mi mano temblorosa revivió el parpadeo del patrullero de hacía un rato.

Me pregunté cuando me olvidaría del cagazo de esa noche y sentiría coraje para mandarme solo de nuevo.

INOCENTES

- ¿Cómo que se fue? ¿Adónde se fue? - preguntaba Jonathan sin poder disimular su bronca.

-El primo Pedro le ofreció un trabajo en Corrientes –respondió la madre de Sabrina -y se fue para allá, a la casa de los tíos, no pudo seguir esperándote más tiempo.

- ¡El primo Pedro!, ¡el primo Pedro! ¿Desde cuándo son primos? ¡Zorra! Ya la voy a encontrar -gritó Jonathan y se fue masticando rabia.

Jonathan y Sabrina se habían conocido en una bailanta a pura cumbia, en un horario en el que no deberían haber estado en ese lugar. No les daba la edad, pero sí los cuerpos y sus caras, cinceladas por penurias. Eran un montón de fervor adolescente y tenían poco del equilibrio impuesto a muchos de sus pares. A ellos no les había llegado eso de reprimir los impulsos biológicos y los dejaban correr, casi saltando alegremente con cada placer carnal que descubrían.

A duras penas deambulaban por la secundaria obligados por la necesidad de la ayuda económica del gobierno para estudiar, que en realidad ayudaba a parar la olla. A ellos no les importaba nada, no se daban cuenta de nada, no les hacía falta nada más que estar juntos, soltarle las riendas a la sangre que tiraba fuerte y dejarse arrastrar.

Vivían en distintos asentamientos alejados entre sí, pero en similares condiciones. Sus casas eran construcciones sin mucha técnica, donde la cocina estaba apenas separada del dormitorio común de la familia. El baño, una letrina afuera, donde apenas se podía acomodar uno para hacer lo que necesitaba.

Casi todo lo aprendido había sido sin explicaciones, por la mera presencia o por la práctica.

Escuchaban discusiones de los grandes y llantos de los chicos que iban llegando, año tras año, pareja tras pareja. Sentían el olor de los pañales que inundaba el ambiente día tras día y el del humo del brasero que mataba el frío noche tras noche en los inviernos. El aire estaba afuera, en la calle, que era un patio donde jugar de chicos y un aula donde aprender a medida que se hacían grandes.

Recibieron golpes de padres y padrastros y la frágil protección de las madres tan o más asustadas que ellos. Con la noche la promiscuidad se volvía más cruda que el frío del invierno o más agobiante que la humedad y el calor del verano. Despiertos en la oscuridad aprendían las formas rudimentarias del placer, apenas disfrazado de cariño. Anocheceres de días agitados o simplemente anocheceres, con trabajo o sin él, pero con vino antes y resaca después.

-Que gilada la del Jonathan, meterse así- decía algún amigo.

-Loco, ¡está buena la Sabrina! - le contestaba otro.

-Sí, pero hay que bancarla- y ese tercero ya anticipaba las dificultades.

Además de la cerveza o el fernet y un porro cada tanto...cumbia y tranza. ¿De qué otra forma podían escurrirse de la vida que llevaban? No encontraban otros modos de diversión, ni estaban en condiciones de buscar.

Jonathan se hacía notar en ese ambiente, alto, fornido, con el cuerpo hecho a meta fútbol y peleas, hinchista del Atlético, prototipo del varón. A Sabrina los guisos se le habían desparramado por el cuerpo de manera indescriptible, perturbadora. Él era pobre en palabras que usaba mucho y en pensamiento, que usaba poco. Ella tenía la sagacidad suficiente como para saber que la supervivencia de una mujer en ese medio requería un compañero. A ella también le faltaban las armas que da la lengua, pero hablaba con el cuerpo y decía mucho.

Estaba bien con él, que se la rebuscaba con el trapito cuidando autos alrededor de la cancha cuando jugaba el Atlético.

El jefe de la hinchada y sus secuaces lo aprovechaban por sus "cualidades", sabían que sería un soldado fuerte y obediente. Ese año, en la campaña para las elecciones comunales, lo hicieron salir de noche para proteger a los que pintaban las paredes con el nombre de los candidatos o lo mandaban a los actos donde arremetían con los palos entre las pancartas para ubicarse en un buen lugar, que se viera desde el palco y en la tele. Así también hacía unos pesos.

Todo empeoró cuando la Sabrina quedó embarazada ¿Dónde irían a vivir con el crío? ¿Cómo harían para vivir? Para él no fue tan dramático como para ella, al fin y al cabo, hizo lo que hacen los hombres, claro, sin cuidarse ni cuidarla, pero fue más aceptado en su casa. En la de ella, cuando se enteraron, le pegaron todos,

especialmente el padrastro que le dio como si le hubiera metido los cuernos.

Cada día cuando la iba a visitar, Jonathan se enteraba de Sabrina como por un parte médico en las duras palabras del familiar que saliera a atenderlo. La vida prometía ser un calvario para los dos en adelante, al menos hasta que pudieran irse juntos. Para eso, él tendría que buscar algún ingreso más seguro que las changas que tenía, encontrar un lugar donde levantar algo para guarecerse los tres y empezar a construirlo. Ella, mientras tanto, soportar la hostilidad del padrastro “engañado” y los celos de la madre que la empezó a ver como a la rival que nunca fue.

- ¿Qué contás fierita? ¿Ya sabés como le vas a dar de morfar a ésta y a tu hijo? - le sacudía el padrastro de Sabrina cada vez que lo veía y él, con parquedad y masticando las palabras, le decía:

- Busco... algo va a salir, algunas changas hay- y salía con Sabrina para angustiarse hablando con ella que de otra forma, pero también lo apretaba.

- ¡Es un hijo de puta...lo que te dice! Pero yo estoy preocupada, ¿qué vamos a hacer? ¿Cómo nos vamos a arreglar?

En medio de la desesperación apareció la oferta que podría cambiar su suerte, un trabajo fácil y rápido que le dejaría buena plata, para buscar un lugar donde vivir. Sus amigos de la barra brava lo necesitaban para vaciar un depósito de electrodomésticos de un dirigente del club. El tipo ya había dicho que no pensaba contar con sus “servicios” para las elecciones que se venían y menos si las ganaba. Había “arreglado” con otra fracción y tenían que mandarle una señal de que con ellos no se juega.

La agilidad y fortaleza de Jonathan les serviría para trepar al techo y entrar por una claraboya del depósito y luego abrirles desde adentro. Con la reducción de la mercadería habría suficiente para él y Sabrina y el crío, al menos para empezar. Pero, el día del vaciamiento, se cayó adentro y no pudo abrir la puerta ni intentar salir, lo encontraron cuando abrieron a la mañana siguiente, con un pie roto. De sus “amigos”, ni noticias. Aunque arguyó alguna excusa, se tuvo que comer tres meses a la sombra en una comisaría.

-¡Sabrina! ¿No escuchás como llora el pendejo ese? ¡hacelo callar de una vez, ¡carajo! - vociferó Pedro, aún en la cama.

Ella, maldiciendo su suerte, dejó de revolver la salsa en la cacerola para ir a cambiar los pañales de su hijo. Más tarde, si le daba el tiempo, dormiría una siesta y así podría enfrentar la noche en el bar donde Pedro la hacía trabajar como copera, Buscando que los hombres bebieran, Sabrina había encontrado que bebiendo ella también, podía soñar con una vida mejor o al menos, escaparse un rato de la peor.